



Prof. Dr. Enrique Lamas Pouey

Prof. Dr. ENRIQUE LAMAS POUHEY

Ha muerto.

Desaparece nuestro ex Presidente cuando aún no se había acallado en el ambiente el eco de los aplausos de su gestión extraordinaria al frente de la Sociedad de Cirugía del Uruguay.

Parecería que su destino personal hubiera querido verlo llegar a la cumbre de su carrera que, como cirujano y como hombre se había trazado.

Sus maestros, sus compañeros y sus alumnos que le brindaron la Presidencia de la Sociedad de Cirugía, pueden estar bien contentos de haber homenajeado en vida a nuestro dilecto compañero.

Pocas veces se llega a Dirigente con las maletas tan cargadas de modestia y entusiasmo como las de Enrique; no porque creyera que no tenía condiciones, ni pergaminos para el puesto, sino, porque siempre pensó en la jerarquía de la gestión a desempeñar y no creía en la grandeza de los hombres.

No les citaré su biografía, de todos vosotros conocida, pero sí, os diré que su inteligencia, cultura, dicción, tacto y hombría de bien, los puso de manifiesto a diario en cuanto problema le planteó su Presidencia. Quedará ésta como ejemplo imperecedero para las nuevas generaciones.

J. S. B.

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD
DE CIRUGIA EN EL SEPELIO DEL Dr. ENRIQUE LAMAS

Señores:

No hace aún dos meses, los miembros de la Sociedad de Cirugía, nos reuníamos en ágape fraternal con el doble objeto de homenajear a nuestro Presidente y abrazar al Camarada antes de su partida para Londres. Lejos de todos nosotros la más remota idea, de que semanas má tarde, debi´ramos reunirnos nuevamente, también para homenajear y despedir a Enrique Lamas, pero, ¡con cuán distinto escenario! El bullicio propio de toda comida, se ve sustituido por el silencio de este lugar; la carcajada franca, se ha trocado en mueca triste, y el brillo producido en la mirada por la alegría, se ve empañado por las lágrimas que asoman a nuestros ojos y que en vano pretendemos retener.

Homenaje postrero, que rendimos doblegados ante un destino contra el cual protestamos desde lo más profundo de nuestro ser, porque Enrique Lamas realidad ya, era al mismo tiempo una esperanza, de marcha ascendente, que solo encontraría límites en el infinito, para gloria de la medicina nacional.

Herederó de un doble apellido ilustre, hubiera podido disfrutar tranquilo del renombre y consideración que le legaran sus mayores; pero hombre, en el amplio sentido de la palabra, prefirió la lucha a la vida placentera u ociosa, conquistando laureles que añadió a los muchos que ostenta el escudo de su estirpe; y así le vemos escalar posiciones, peldaño tras peldaño, en ásperos concursos, sin deberle nada al favoritismo amistoso o a la antesala palaciega. Estudiante brillante, Prosector, Interno, Jefe de Clínicas, Profesor Agregado, las puertas se abren ampliamente ante la pujanza de su talento y el volumen de su voluntad. Y ahora, en que un nuevo horizonte se abría para satisfacer sus inquietudes de estudioso, en el instante de alcanzar el ideal que él mismo se forjara, cae abatido bruscamente ante la fuerza de un mal que

se creía dominado. Parecería que el Destino tratara de ensañarse con quienes pretenden arrancarle sus secretos: la parábola de Prometeo se cumple una vez más.

Modesto, sus triunfos jamás le hicieron perder el sendero trazado. Los saboreaba en amable camaradería, sin ruido ni vanidades, como si el éxito fuera obra de la suerte y no del propio esfuerzo. Y si en oportunidad, una frase algo cáustica escapaba de sus labios, jamás las palabras llevaban la intención de molestar y menos aún de herir la fibra sensible de quien era objeto de la broma. Por temperamento, por su vasta cultura, podía practicar sin desmedro para su propia personalidad o la del prójimo, el castigat ridendo mores de los latinos.

Trabajador infatigable, poseía el secreto de la distribución del tiempo para poder hacerlo todo. Médico, era adorado por sus enfermos, a quienes dedicaba lo mejor de sus horas; investigador, su producción científica abunda en las páginas de nuestras revistas y las del extranjero; organizador, inyectó savia nueva a nuestra Sociedad de Cirugía, cuya Presidencia ejerciera el año pasado, con tacto inigualado, suave en la expresión, fuerte en los hechos. El recuerdo de su actuación será un ejemplo perpétuo para quienes debemos continuar su obra.

Señores: quiere un Hado adverso que el primer acto público de la nueva Comisión Directiva de la Sociedad de Cirugía que tengo el honor de presidir, sea el despedir, esta vez sin esperanzas de retorno, al excelente camarada, al incomparable amigo. Las protestas son vanas ante las leyes inexorables de la Naturaleza: nuestra voluntad no puede torcerlas. Pero, aún comprendiéndolo así, se eleva en nuestro fuero íntimo la voz que quiere reclamar contra esta sentencia inapelable; y ya que nos es imposible cambiar la esencia de los acontecimientos, guardemos como llama inextinguible, la memoria de quien se va.

Enrique Lamas, hasta siempre.

DISCURSO PRONUNCIADO POR Dr. E. ANDREON EN EL CEMENTERIO
CENTRAL, CON MOTIVO DE LA COLOCACION DE UNA PLACA
EN LA TUMBA DEL Prof. E. LAMAS POUHEY, POR SUS COMPAÑEROS
DE LA CLINICA DEL Prof. Dr. D. PRAT

La Sociedad de Cirugía del Uruguay no podía estar ausente del justiciero homenaje, que hoy se rinde a la memoria de quien fué uno de sus colaboradores más apreciados y distinguidos, y he aceptado su representación, convencido que mi autoridad para ello deriva solamente de la honda amistad que nos unía; creo sin embargo que las sencillas pero sinceras palabras que pronunciaré habrían sido gratas al oído del hombre eminentemente sencillo y sincero que hoy recordamos.

Su deseo de saber, lo llevó bien pronto al seno de la Sociedad de Cirugía. Durante los primeros años se limitó a escuchar respetuosamente la verdad venida de labios de los más experientes, para aumentar, su cada vez más rica cultura científica; pero al alcanzar la madurez necesaria, expuso el fruto de su trabajo constante y de su experiencia, llevando al seno de la Sociedad de Cirugía, valiosas colaboraciones científicas y exponiendo sus puntos de vista en los distintos tópicos tratados, con franqueza, con sencillez y con modestia, mas que con la idea de enseñar con el fin de someter a la crítica de los demás sus conocimientos, que como corresponde a espíritus superiores, nunca creyó irrefutables.

Sus condiciones personales y su amor y dedicación constante al progreso de la Sociedad de Cirugía, hicieron de él, en los últimos años el candidato obligado a ocupar cargos directrices, culminando con el ejercicio de la presidencia durante el año próximo pasado. Y es desde este alto sitio, donde a pesar de su juventud su acción en favor de la Sociedad de Cirugía es consagratoria y unánimemente reconocida; sus antecedentes, su autoridad científica y su vasta cultura general permitían preverlo.

El Dr. Enrique Lamas Pouey, en efecto, tenía la virtud de captarse la simpatía y el respeto de todos, puesto que en su espontánea y comunicativa sonrisa y en su gesto siempre afec-

tuoso, se adivinaba al compañero bueno y leal cuyo rostro muestra lo que siente el alma.

Su alta posición médica, fué adquirida solamente mediante el trabajo constante, derrochando esfuerzo y disciplina, haciendo caso omiso de sufrimientos físicos que disimuló en lo posible hasta para sus más íntimos.

En su lucha por el perfeccionamiento también tuvo fracasos, pero éstos nunca le insinuaron la idea de apartarse del difícil pero justo camino para llegar a la meta; seguramente su alta posición social y su ilustre nombre le habrían permitido alcanzar resonantes triunfos sin tanto sacrificio, pero ésta faz de su vida también es un ejemplo: lo que su inteligencia y su voluntad de hierro no le permitieron alcanzar no fué de él, demostrándonos, que la honestidad, el espíritu de trabajo y la lealtad en la lucha por el triunfo, constituían lo más apreciado de su herencia.

No es pues de extrañar que quien como el Dr. Enrique Lamas, expusiera en el curso de su vida tan completas virtudes, se viera rodeado de afecto y de respeto. Es que si bien existen inteligencias privilegiadas, almas puras, médicos que hacen de su profesión un apostolado, hombres para quienes el perfeccionamiento moral e intelectual es su culto, difícilmente todas estas virtudes se presentan armoniosamente reunidas en una sola personalidad.

Y no son estas simplemente palabras pronunciadas en homenaje a la memoria de un muerto querido. Todos sabemos que el Dr. Lamas tuvo el raro privilegio de apreciar la espontánea y honda satisfacción, provocada en el ambiente profesional por su último éxito, éxito este que a él lo llenó de satisfacción como ninguno anterior, pues contemplaba a un tiempo, sus ansias de mejoramiento técnico, la necesidad de su alma de hacer el bien a cualquier precio, y cumplir con peligro de su vida, por él y por nosotros, sumando su esfuerzo al de aquellos que luchan por salvar los sagrados derechos del hombre.

Quiso el destino que esas demostraciones, por medio de las cuales, sólo quisimos expresar nuestra satisfacción por el triunfo del compañero y nuestra admiración y gratitud por su plausible y temeraria decisión, fuere también nuestro último adiós. El Dr. Lamas partió si, pero desgraciadamente para no retornar; nos deja como postrer lección el magnífico ejemplo de su vida sin manchas y sin dobleces que a pesar del tiempo vivirá.